



Su compañero era un jóven de veinte á veintidos años, endeble, raquítico, llevando impresas en su rostro insignificante, las señales de una juventud envejecida por la prostitucion, y vestido con la misma elegancia.

Los dos amigos atravesaron confundidos entre la multitud y el estruendo de los carruajes que se dirigian al paseo de Bucareli, saludando á algunas de las jóvenes hermosas que dentro de ellos se reclinaban, ó diciendo sangrientos chistes acerca de otras, las suntuosas calles de San Francisco.

Al llegar á la esquina del Espíritu Santo, otros dos jóvenes, vestidos con igual elegancia y tomados igualmente del brazo, desembocaron por la calle de San José del Real.

—Espera, ¿no son aquellos Enrique y Luis? dijo á su compañero el mas jóven de los elegantes.

—Ellos son en efecto, respondió éste.

Los dos jóvenes se acercaron.

—Buenas tardes, amigo Isidoro, dijo uno de ellos estrechando con efusion la mano del jóven de quien hemos hecho la descripción.

Cuánto me alegro de volverte á ver, no sabia que habias llegado ya de Paris.

—Hace dos dias solamente que me hallo en México y aún no he tenido tiempo de saludar á todos mis buenos amigos; pero ahora que por una casualidad nos encontramos, aprovecho la ocasion para ponerme á tus órdenes y á las de Luis, como siempre, dijo Isidoro tendiendo la mano al compañero de su interlocutor.

—Pero, en vez de estar aquí parados en medio de la calle, ¿no seria mejor que fuésemos á descansar un rato y tomar una copa en el Bazar que está solo á un paso? observó Luis.

—Mejor en la Gran Sociedad, donde hay gabinetes separados y donde podremos conversar mas á gusto, dijo Enrique.

—Pues á la Gran Sociedad.

—Vamos, pues.

Y los cuatro jóvenes, formando una sola hilera que ocupaba todo el ancho de la acera, é impedia el paso á los transeuntes, atravesaron la calle del Espíritu Santo.

Los que no conozcan este hotel, sepan que es un vasto edificio situado en la esquina de las calles del Aguila de Oro y del Espíritu Santo; en su piso superior se sirven comidas y en el inferior café, helados y todo género de licores.

Los cuatro amigos penetraron en él por la puerta que dá á la última calle, y despues de haber atravesado un patio que adornan algunos jarrones con naranjos pequeños, se instalaron en uno de los gabinetes que forman el ala izquierda del edificio.

Un criado acudió solícito.

—¿Qué tomaremos? preguntó Luis.

—Mira, dijo Isidoro dirigiéndose al criado, has que preparen una jarra de ponche, y entretanto está, trae cuatro fósforos (1), dos botellas de Champagne, dos de Sauterne y cuanto creas que podemos comer de bizcochos, pasteles y otros regalos de esa clase.

El mozo fué á traer lo pedido.

—¡Diablo! dijo alegremente Enrique, veo que Isidoro, en vez de corregirse con el viaje á Paris de sus instintos de orgía, ha vuelto, por el contrario, con su gusto mas refinado por esa parte.

—¡Oh! si me hubieran vdes. visto en esas alegres noches del último carnaval, beber, bailar y besar unos hombros desnudos hasta caer desfallecido por la triple fatiga; si me hubieran visto en esas estrepitosas comidas del café Tortoni y la Rocher de Cancale. ¡Oh! aquello era gozar, dijo Isidoro estremeciéndose al recuerdo de tales delicias.

—¿Y por eso quieres hacernos beber hasta reventar?

—Sí, Enrique, vdes. tres, son tres de mis buenos amigos, y es justo que esta tarde que nos volvemos á encontrar despues de dos años, nos alegrémos hasta . . .

—Hasta la embriaguez, ¿no es verdad?

—Bien dicho, Carlos, hasta la embriaguez.

El mozo trajo lo que se le habia pedido en un enorme azafate.

—¿Ya están preparando el ponche? preguntó Isidoro.

—Sí, señor amo, dentro de un rato estará.

—Bebamos, pues, amigos míos, continuó.

—Bebamos, respondieron en coro los tres elegantes.

(1) El fósforo es una mezcla de café y licor.

—¿Y por qué no has permanecido mas tiempo en Paris?

—Friolera, Cárlos, porque habiendo muerto mi padre, yo tenia que arreglar mis intereses, que de otra manera habrian ido á parar á manos estrañas.

—¿Es decir que te encuentras ahora á la cabeza de un magnífico capital de cien mil pesos lo menos?

—Una cosa así.

—¡Bonito caudal!

—¿Y cuánto has gastado en ese viaje á Paris.

—Alguna cosa, Luis, porque ademas de la mesada que el bueno de mi padre me habia asignado, no pasaban ni tres meses sin que le mandase pedir nuevas cantidades.

—¡Diablo!

—Figúrate, que en los dos años que he permanecido fuera de mi país, he vivido sumergido en toda clase de placeres, he vivido un año en Paris y otro he empleado en viajar.

—¿Por dónde?

—He recorrido casi toda la Francia, despues me embarqué en Marsella para visitar á Nápoles y todos los puertos del Mediterráneo, he atravesado la Italia.

—¿Cuánto has gozado!

—Mucho, Enrique; he paseado en coche con las grisetas y las loretas de Paris; me he reclinado en el hombro de una mujer atravesando en una góndola el canal de Venecia; he caminado por el Pópulo con una romana; he ido en Sevilla á los toros, vestido de majo con una manola linda como un sol; he surcado las ondas del Mississipi solo con una bella cuarterona, en un ligero buquecito de vapor cargado de algodón.

—¿Qué placer!

En este momento el criado trajo el ponche que despedia zulladas llamas é iluminaba con una luz siniestra, como la que se refleja desde su infierno sobre la severa frente del Dante, á los cuatro calaveras, ya medio embriagados por los vapores del licor.

Ya era casi de noche, y el criado encendió un quinqué.

Los jóvenes comenzaron á apurar sendos tragos de ponche.

—¿Y Amparo, qué ha sido de ella? preguntó Cárlos.

Isidoro fingió no haber escuchado.

—¿Qué ha sido de Amparo? volvió á preguntar el joven.

—¿Qué se yo? dijo Isidoro encogiéndose de hombros y apurando un vaso de ponche.

—¡Pobre muchacha! es muy probable que ahora pida limosna, dijo Enrique en cuyo corazon todavia germinaba un resto de sensibilidad y de nobleza.

—Me parece que una vez que he ido al templo de San Fernando para ver á mi Carolina, la he mirado orando en un rincón, dijo Cárlos.

—¿Qué tiempo hará de eso? preguntó Isidoro con indiferencia; pero sin poder ocultar la conmocion que causa en el alma por encallecida que esta sea, un remordimiento.

—Hará seis meses.

—¿Pero la conoces tú acaso?

—Dos veces solamente la he visto, Isidoro, dos veces que tú me la has enseñado ha dos años.

—¿Y dónde vive ahora?

—No sé, puesto que ni tu mismo lo sabes.

Isidoro apoyó la cabeza entre sus manos y pareció sumergirse en una profunda meditacion.

—¡Eh! qué diablos te ha sucedido Isidoro, ¿irias acaso á ponerte triste por esa chicuela? exclamó Enrique.

—No ciertamente, no vale la pena, era bonita, débil, me enamoré de ella, la abandoné.... y terminó la historia, dijo Isidoro.

—Pues bebamos entonces.

—Bebamos

—Por tu salud.

—A la tuya.

—¿Y en qué piensas ocuparte ahora en México?

—Voy á pasar el rato con la linda Eulalia de Guzman, á quien he visitado anoche y á quien he encontrado hermosa, rica, coqueta, incitadora.

—Pues á la pronta conquista de Eulalia, dijo Luis alzando su vaso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MONTERREY, MEXICO

—A la pronta conquista de Eulalia, repitieron sus amigos bebiendo.

Isidoro apuró su vaso.

Los jóvenes habían llegado á ese grado de escitacion, en que se dice esactamente lo que se piensa, en que las ideas amontonadas en el cerebro, se espresan sin orden en atropelladas frases, en que las impresiones llegan á su mayor grado de exageracion, y el hombre, no tomándose la pena de ocul arlas, canta ó llora, segun su naturaleza.

—Hermosa de veras es Eulalia; hace pocas noches la contemplaba yo con delirio en el teatro.

—¡Oh! esa noche estaba divina, exclamó con entusiasmo Luis.

—Y orgullosa como bella, murmuró sentenciosamente Cárlos.

—Con razon lo dices, dijo Enrique.

—Sí; yo he sido uno de los muchos que han pretendido ganar su inespugnable corazon. He empleado dos meses en seguirla al paseo, al teatro, en rondarle la calle, en enviarle perfumados billetes que ni se ha tomado la pena de leer.

—¡Es decir que no has obtenido nada de ella? preguntó Isidoro.

—Nada, absolutamente nada.

—¡Y crees que yo obtenga algo? amigo Cárlos.

—¡Ah! tú es cosa diferente; eres rico, elegante, vienes de Paris, visitas su casa.

—Sin embargo, la rodea una turba de pretendientes y de aduladores y creo muy difícil hacerme notar de ella en ese caos.

—¡Viva el amor! gritó Luis medianamente borracho, arrojando sobre el mármol de la mesa su vaso que se estrelló en mil pedazos.

—Viva el amor, el placer, las buenas mozas, respondió Enrique, que había llegado á igual estado que su amigo.

—Ahora que ya sabemos en lo que se ocupa Isidoro; diga cada uno de nosotros en lo que pasa su tiempo, propuso Cárlos.

—Sí, sí.

—Empieza tú, Cárlos.

—No, que comience Luis.

—Pues yo, dijo Luis apurando un largo trago de ponche, me levanto entre diez y once, salgo á pasearme por las calles de San Francisco, para hacerme peinar y comprar lindas chuchetas en casa de Montauriol, vuelvo á casa á las doce y bajo al despacho para ayudar á mi padre en sus cuentas, hasta las tres, á las cinco monto á caballo para correr en Bucareli detrás del coche de Guadalupe; de las siete á las ocho ayudo á mi padre á despachar el correo, y cerca de las nueve me voy al teatro á ver á Guadalupe y conversar con los amigos, retirándome á acostar á la media noche.

Hé aquí mi vida en resúmen.

—Ahora tú, Enrique.

—Me levanto una hora antes que Luis y me dirijo de mala gana á la oficina, de donde no salgo sino hasta las cuatro.

—¡Diablo, cuánto escribes! interrumpió Isidoro.

—Por el contrario, casi todo el día estoy de ocioso, y como nadie se mete en obligarme á escribir, me llevo á la oficina mis novelas.

—¿Qué libros lees?

—De todo, Cárlos, las novelas de Paul de Kock, y Süe y Dumas, las comedias de Breton, los versos de Estéva que se acaban de publicar.

—¡Y despues?

—Despues, como no tengo un caballo como Luis, no voy á Bucareli, y paso la tarde en la Tercena ó la Alameda, y como no soy rico como Isidoro, no puedo ir todas las noches al teatro; pero las paso muy divertido en una tertulia casera, donde se toca el piano, se canta, se hacen juegos de prendas y lotería, y donde hay el apretoncito de mano por debajo de la mesa, las declaraciones y las citas al oido en el "Tres veces sí y tres veces no," donde se desliza en la mano la cartita en el "Floron anda en las manos," y se va á dejar hasta su casa á la linda visita, tomándola del brazo y adelantando veinte varas á los papás.

Placeres inocentes y que nada cuestan, ya ven vdes., amigos míos, dijo Enrique bebiendo.

—Pues yo, dijo Cárlos, en mi calidad de pasante de abogado, paso el tiempo lo mas lindamente que puedo, bailo, me divierto,

voy á la temporada en San Angel, y solo vengo á México los jueves á la Academia, charlo de política con los políticos, de amor con las damas, de literatura con los poetas, y le he puesto ya la proa para cuando me reciba, á un juzgadito que deja algun dinero.

—Bebamos, porque consiga Cárlos el juzgado, interrumpió Luis.

—Bebamos, respondieron sus amigos.

—Trae otras dos botellas de Champagne, gritó Isidoro al criado.

—¿Y no sabes una historia? dijo Cárlos mirando á Isidoro con esa mirada desvergonzada peculiar del hombre á quien los vapores del vino comienzan á turbar.

—¿Una historia?

—Sí, figúrate que Eulalia tiene un amante.

—¿Un amante? dijo Isidoro sorprendido.

—¡Oh! pero qué amante, es un pobre diablo que como Hoffman es artista y poeta; hace pocos meses le daba lecciones de piano, no sé por qué casualidad, y desde entonces el desdichado se enamoró locamente de ella.

—¿Y Eulalia?

—Despues de mucho tiempo de vacilaciones, se atrevió él un dia á declararle su atrevido pensamiento, entre suspiro y suspiro.

—¿Pero ella?

—Ella lo agobió con su desprecio, le prohibió volverla á hablar del asunto; mas como el pobre diablo no se curaba de su pasion sin esperanza, se lo dijo ella á D. Febronio su papá, el cual lindamente lo plantó de patitas en la calle.

—¿Y entonces?

—Desde entonces él le ronda la calle, le escribe tiernísimas endechas que se leen en público en el salon de Eulalia, la sigue á todas partes y.....

—¿Vaya un amor! interrumpió Isidoro apurando un vaso de Champagne y soltando una estrepitosa carcajada. ¿Y cómo se llama ese desdichado?

—Víctor..... Víctor Castillo, dijo Cárlos.

—Pues no me inquieta mucho ese rival, murmuró Isidoro.

—Víctor Castillo, ¿seria por ventura hermano de una jóven que se llama Elena? preguntó Luis.

—No sé; pero ¿qué diablos tienes que ver con esa jóven Elena?

—Friolera, Cárlos; figúrate que esa Elena es una pobre muchacha linda como un cielo y á quien he conocido en mi casa, donde suele ir á ver á mi hermana que la da algunas costuras; le he hecho creer que estoy enamorado de ella, y ahora nada menos he escrito una carta en que la invito á abandonar su familia por seguirme.

Y al decir estas palabras, el énico jóven medio embriagado, se puso á cantar en voz baja una cancion báquica:

Que pasen las horas,

Que pasen lijeras,

Llevándome raudas,

De mi vida al fin.

Si viene la muerte,

Que venga en buena hora,

Bebiendo la espero

En loco festin.

—Entonces, esa Elena es de la familia de Amparo. Clase media, género abundante, ¿no es verdad, Isidoro? dijo Cárlos con espresion de chiste.

Isidoro sin responder volvió á llenar los vasos.

Luis, medio borracho, seguia cantando:

Venid, mis amigos,

Si el vaso es estrecho

De nuevo llenadle

De hirviente licor.

Mentira es el mundo,

Engaño es la dicha,

Un sueño la gloria,

Fábula el amor.